

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 40.

Sevilla.—Lunes 18 de Febrero de 1901

AÑO XXV.

El buen sentido

Madrid ha demostrado que es un pueblo que tiene conciencia de lo que quiere y a donde va; por eso, al salir el jueves las tropas a la calle proclamando el estado excepcional de guerra, terminaron las manifestaciones, para evitar un conflicto grave, un divorcio manifiesto, poniendo al ejército en el trance de disparar y cargar contra ciudadanos indefensos.

También la prensa liberal, señaladamente el *Heraldo* y *El Liberal*, han dado pruebas de que sienten y quieren lo que quiere y siente el pueblo. Establecida la previa censura, suspendida la comunicación telefónica, aquellos dos periódicos han prescindido por completo de hablar de la ceremonia, llegando su corrección hasta el extremo de no mencionarla siquiera. Ya es bastante para lo que estábamos acostumbrados.

Prensa y pueblo. Hombres pacíficos y democratas convencidos, saben ya a qué atenerse, y como lo ocurrido en los pasados días no es más que el prólogo, esperamos a que cese el estado de guerra, para continuar el discurso y seguir el desarrollo del drama hasta el desenlace, en que, confundidos en el amor a España y en los votos por la libertad, pueblo y ejército, podamos todos juntos, evitando odios y derramamiento de sangre de hermanos y de conciudadanos, concurrir a la gran fiesta de la resurrección de España y del engrandecimiento de la Patria, que a todos por igual nos interesa.

La Asociación de cocheros de Madrid ha sido disuelta por el capitán general. Ni discutimos la determinación de la autoridad militar ni analizamos las causas que han motivado determinación tan extrema y radical. Extraordinaria son las circunstancias, pero es demasiado fuerte la determinación, siquiera no sea más que un accidente del gran problema nacional en litigio.

Se habla de crisis muy próxima. De probables conjunciones que moverán a risa y a desprecio, y que vendrán a señalar en el pueblo mayores motivos de disgusto y de descontento, aunque ya no es posible concebir mayores causas de divorcio que las manifestadas de un modo ostensible en los pasados días.

Pero en fin; sea como fuere la resolución de la crisis, sean quienes quiera los ministros que sustituyan a los actuales, la suerte está echada y el país apercebido de lo que venga, para cerrar contra todo lo que no sea una total, completa y absoluta transformación de las instituciones. No hay nada permanente más que la Patria, y a la Patria dirigimos todos la mirada, para redimirla por los sabios principios de la democracia.

Pasará el turbión dictatorial; renacerá el estado ordinario, no de libertad como derecho, sino de tolerancia influida por el miedo, y volverán las quejas, y se manifestarán más acentadamente las censuras, y renacerá el rescoldo, y reproducirá de nuevo la llama, que todo lo destruirá.

Esperemos confiados y tranquilos, que la suerte está echada, y tengamos el buen sentido de la serenidad de juicio para llegar al momento deseado, que no se hará esperar.

Es cuestión de tiempo, y el tiempo es corto cuando se trabaja con entusiasmo, se tiene fé en el mañana y se cuenta con la voluntad de un pueblo que quiere ser libre.

Confianza y estar preparados.

A. A.

Murmuraciones

Tranquilidad absoluta en toda España.

También es verdad que toda España está en estado de guerra, excepción de nuestra querida Sevilla, que se encuentra en estado de Muñiz.

A esta tranquilidad ha contribuido de una manera poderosa el horrible frío que se ha dejado sentir por todas partes.

En Sevilla, al decir de los aparatos científicos, hemos tenido la fortuna de estar a cuatro grados bajo cero, de madrugada.

De la verdad ó mentira de esta aseveración

yo no puedo dar fe, porque a esa hora me encontraba a cuatro cobertores sobre colchón.

Sin embargo, todo cuanto oigáis decir acerca de la temperatura es cierto.

Cuando esta mañana salí a la calle, a los pocos pasos no me encontraba las narices, y volví a casa creyendo que me las había dejado olvidadas encima de la mesa.

**

Los periódicos madrileños han desistido de suspender sus publicaciones respectivas, como acordaron en principio.

Las respectivas empresas de cada uno se opusieron a que se tomara medida tan radical.

¿A ellas qué les importa que triunfe éste ó aquél?

Se escribe más *pajilo*, con más cordura, y se anuncia a los lectores que, en tanto duren las actuales circunstancias, los redactores respectivos se guardarán el coraje donde puedan.

Así se ha hecho, y, gracias a tan alta medida de previsión, podemos seguir enterándonos qué farmacéutico madrileño vende las mejores píldoras blenorragias, y qué señora sola admite uno ó dos caballeros, con ó sin, en precio módico.

**

Según los corresponsales, la opinión de Polavieja es que Sagasta recoja lo que Azcárraga nos deja. Pueden estar muy tranquilos los liberales... no llegan, porque las cosas suceden al revés de Polavieja.

**

El Español, diario del Sr. D. Germán Gamazo, enemigo del Sr. Sagasta, con toda la seriedad que le caracteriza en sus negocios de préstamos, exclama:

«Mas no es el Sr. Sagasta el único hombre político cuya opinión de ahora, de después de los últimos sucesos, es menester conocer antes de que se plantee la cuestión política. Acaso la del Sr. Sagasta sea la menos importante, porque sea quien, racionalmente pensando, más alejado se halla de la necesidad de resolver. ¿Qué piensan los demás?»

Que es lo mismo que decir:

—¿Qué pienso yo? ¡Cuidado, que se me consulte a mí! ¡A mí, que me llamo Gamazo, y que me amoldo a todo lo que quiera la señora con tal de que me combine en las combinaciones!

Yo soy serio; yo soy católico apostólico de Montaña; confieso todos los jueves, y además soy genio entre mis cuatro soldados y un cabo... Sagasta es un hombre desprestigiado; el único de los hombres públicos que tiene una historia inmaculada soy yo: me dió la patente mi cariñoso deudo el Sr. Ribot, gobernador que fué de Cádiz.

El Español tiene razón que le sobra por la punta del último pagaré.

El único hombre que puede salvar a España de la hecatombe de los Caserías y demás judíos y fariseos, es el Sr. Gamazo, esa figura simpática, honrada, que se agita, como el alma de Garibay, entre el cielo y la tierra, quiero decir, entre pleitos y pagarés.

**

Me dicen que ha muerto el obispo de Zaragoza... Por mi parte que lo entierran, y... pasemos a otra cosa.

**

Estando ayer, al medio día, el ministro de la Gobernación, Sr. Ugarte, en casa del general Azcárraga, Presidente del Consejo, éste le dijo al otro:

—¿Vamos a oír una misa, compañero? —Mi general, con muchísimo gusto —exclamó lleno de gozo.

Y suspendiendo por un momento la salvación del país, ambos se dirigieron a la capilla a encomendar a Dios las almas de las víctimas inmoladas en honor del jesuitismo imperante.

Cuando gobernaban a España el padre Claret y la madre Sor Patrocinio no estaba el gobierno tan enmisado.

Porque las misas del padre Claret ya sabíamos que eran otras misas.

Y las misas de la madre Patrocinio... ¡si leñicol!

**

Dice un querido colega:

«Lo que está ocurriendo con motivo de las provocaciones de los neos, lo habíamos previsto.

Llegaría fatalmente un día en que se exaltarán los ánimos.

Quiera Dios que por causa de los ultramontanos no vengan días de luto a España.

Quiera el Ser Supremo que no retrocedamos a los horrores de la intolerancia y vuelva a correr la sangre española como por el mismo motivo ha corrido otras veces.

¡Es lo único que le faltaba a nuestro país, desangrado y arruinado tantas veces por causa del fanatismo!»

Ya habrá usted visto que el Ser Supremo se ha hecho el sueco.

Y que no se mete en esas cosas.

El Ser Supremo tiene bastante que hacer con cuidar de que las estaciones lleguen con la debida regularidad para que la cebada crezca y los neos no se mueran de hambre.

Si el Ser Supremo se metiera en gobernar los pueblos, ¿cómo era posible que Silvela volviera al poder?

**

Por quítame allá esta soba que ha dado la policía a uno de los estudiantes el otro día de la grita, se ha armado la gran jarana...

y gobierno y periodistas andan diciéndose cosas acerca de la noticia.

El gobierno:—No ha pegado a nadie la policía.

La prensa:—Pues un chiquillo, por cierto con frases dignas, vino a vernos y lo dijo.

—No era verdad.

—Pues se haría el sólo los cardenales para darnos la noticia.

¡Haya paz! Nada ha pasado.

¡Señor, si la policía no pega jamás a nadie!

¡Si es más buena! ¡Si es más digna!

**

La prensa habla de que hay varios lances de honor pendientes en nuestra ciudad.

Ruego a los padrinos que actúen que, en vista del frío que hace, se dejen de elegir otras armas que las del tiempo.

Que los contendientes se desnuden a las cinco de la mañana en el Prado de San Sebastián.

¡Y que se batan a pulmonías!

CARRASQUILLA.

Mayor de edad

El pueblo español ha salido de la tutela y entrado en la mayor edad.

Se halla en la plenitud de sus facultades, y es acreedor al ejercicio de todos los derechos.

Bien lo ha demostrado en los últimos días.

Ni quiere tutores, ni padrinos, ni señores. Se basta y se sobra para regirse y gobernarse a sí mismo.

Los estudiantes han enseñado al ministro de Instrucción pública que no es la holganza lo que reclaman. Los elementos populares, las clases más modestas de la sociedad, y las cigarreras, devolviendo ó no admitiendo los billetes para las funciones de teatro que preparaba el Ayuntamiento madrileño, representan un ejemplo y una enseñanza para los que todavía pretenden ofender al pueblo, llamándole rebano ovejuno, que dándole pan y toros se satisfice, y que empujándole a la holganza se colman sus deseos.

Os habéis equivocado, estadistas de pasta flora y guante blanco; habéis demostrado vuestra torpeza, unida a vuestras malas pasiones.

Los derechos, que os anatematiza y os odia, porque tiene aún abierta la herida, y quiere, ante todo, ser libre, estimando en más su dignidad que el pan que le arrojaís y la bazofia de los conventos, con que pretendéis satisfacer su hambre y atiborrar sus estómagos, viéndolos por dentro.

Lo que para vosotros, políticos al uso, es solamente una cuestión de barriga, para el pueblo representa un problema gravísimo de dignidad y de honra, porque está más atento al deber que al panecillo de la indignidad y del dolor.

Habéis perdido la partida, porque los sucesos pasados son el preludio de la revolución y el aviso apremiante de un próximo despertar de esas multitudes a quienes todavía insultáis y a las que amenazáis con las bocas de fuego de los cañones de tiro rápido, adquiridos esquilmando al contribuyente y robando al obrero y al trabajador el esfuerzo físico para dotar al Estado de lo necesario a la defensa nacional, que sólo utilizáis contra el país y contra los ciudadanos.

Seguid vuestra insensata labor de apelar a la represión y de atropellar el derecho de los ciudadanos, que el día de la justicia y de la reparación está mucho más próximo de lo que podéis suponer, porque en vuestra ceguera no véis el estado de la nación ni la actitud decidida de los ciudadanos españoles.

Creéis, torpes, que la fuerza está a vuestro servicio. Suponéis, insensatos, que se puede apagar el fuego sagrado con las bocas de los cañones, sin considerar que no hay medios humanos de contrarrestar el empuje de una nación entera que quiere ser libre, que quiere sacudir el yugo de la tiranía y cicatrizar las heridas abiertas en su organismo por una política falaz y traidora, alevosa y tiránica, egoísta y privilegiaria.

Los doctrinarios y los liberticidas habéis sido siempre lo mismo, y hasta os parecéis personalmente. Sois los precursores de la revolución, porque sois el privilegio odioso, el desorden moral, la perturbación del hogar y del país.

Tomad las medidas más extremas, apelad a los más odiosos procedimientos de la fuerza, satisfaced vuestro odio y vuestras venganzas en el pueblo indefenso é inerme, apretad cuanto queráis los tornillos de vuestra odiosa dominación, que la justicia está a la puerta y el ejecutor inexorable dispuesto a que sea cumplido su imperativo mandato.

España está en la mayor edad, y poco le importan vuestras cábalas y vuestras combinaciones de entre bastidores, porque el drama se ha de representar en la calle, en la plaza pública, ante el concurso de todos los ciudadanos, y no dudéis que Pantoja sufrirá el castigo de la indignación popular, y que los ciudadanos sabrán tomarse la justicia y reparar todas las afrentas que nos habéis infligido.

Dicen hoy que sube Silvela, mejor. Esto prueba que persistís en vuestras torpezas y que seguís tan ciegos que no os habéis enterado del olor a azufre que se nota en la atmósfera cuando amenaza tempestad cercana.

No déis satisfacciones, porque todas serían engañosas. Mejor es que resistáis, porque así los materiales que acumuléis serán mayores, y el incendio surgirá más pronto.

El pueblo tiene casa propia, que por sí quiere administrar, y arrojar a puntapiés de ella al mal administrador, al tutor que usurpa los bienes del pupilo, y vosotros sois los tutores cuya remoción, ya decretada, no falta más que ponerla en práctica por el ciudadano convertido en mayor de edad y en persona *sui generis*.

El pueblo lo quiere, y es preciso que se cumpla su voluntad soberana.

A.

La ola sube

Ayer, el Sr. Pérez Galdós con un drama, hoy el Sr. Salmerón con un discurso, han levantado el espíritu público contra las comunidades religiosas. Hoy y ayer ha habido manifestaciones imponentes en que han tomado parte ciudadanos de todas las clases. La de ayer fué pacífica; la de hoy tumultuosa y agresiva. En la de hoy ha habido ya cargas, sablazos, gentes dispersas, que, apesar de las agresiones de la policía, han vuelto a reunirse. La ola crece; estamos sin duda en vísperas de acontecimientos como los del año 1834 y 35. Así empezó aquella revolución contra los frailes, que acabó por arrojarlos del reino.

El gobierno está, como entonces, ciego. No comprende la importancia de lo que ocurre; no prevé la influencia que han de ejercer en las provincias el drama y el discurso, más aún el discurso que el drama porque aquél se refiere a un hecho real, y éste a un hecho de fantasía. No tardará en extenderse por toda la nación el grito y el encono contra algo más que las órdenes religiosas.

En el discurso háse tratado de una joven que por sugestión de un jesuita, apenas cumplió los veintitres años, abandonó a su madre y fué a encerrarse en un convento de Siervas de María. La pobre madre, viuda, se vió de repente privada del amor y los cuidados de una hija que hasta entonces la había idolatrado y obedecido. En vano fué que la reclamara; no halló apoyo

